

Recuerdos del reinado de Luis XVIII de Chateaubriand,
en la traducción de Ramón López Soler (1830)*

Alicia Piquer Desvaux

François-René, vizconde de Chateaubriand (Saint Malo, 1768-París, 1848) publicó el opúsculo *Le roi est mort. Vive le roi!* el 17 de septiembre de 1824, un día después del fallecimiento de Luis XVIII, en el *Journal des Débats*, de tendencia conservadora. El texto apareció también como folleto encuadernado simultáneamente en las ediciones Le Normant (rue de Seine, 8) y N. Pichard (Quai de Conti, 5). Fue igualmente recogido en la primera edición de sus *Obras completas*, publicadas por Pierre-François Ladvocat (1826-1831, 31 volúmenes), concretamente en el volumen III, dedicado a *Mélanges historiques* (1827: 285-307) y en la edición posterior de Charles Gosselin (1836-1838), sin apenas variaciones.

Para situar correctamente este texto no sólo hay que mencionar el papel de Chateaubriand como articulista o incluso director de alguno de los periódicos más destacados de la época, sino que también debe resumirse su ajetreada vida política, así como valorar la importancia de sus obras históricas. Con ello no hacemos más que recoger las interpretaciones del autor a partir de la muy documentada edición crítica de Honoré Champion, iniciada por Béatrice Didier, y en curso todavía de completarse, y de varios estudios aparecidos (Pierre Reboul 1973; Clément 1987 y 1993, Smethurst 2002, Simonetti 2004), que insisten en estos aspectos, considerándolos determinantes para la comprensión, incluso, de su obra literaria.

La actividad de Chateaubriand como articulista y polemista se encuadra en la fase que él mismo denominaba de «hombre de acción», durante el Imperio y la Restauración, en que desempeñó un intenso papel político. La función política y la permanente reflexión sobre la historia francesa y europea fueron presentadas, por él mismo, independientes de su etapa romántica, «de sueños», en que supo expresar con lenguaje novedoso la angustia de una generación que había visto desaparecer sus referencias en la Revolución de 1789 y buscaba colmar su vacío existencial. Durante más de un siglo, sus ensayos político-históricos y sus artículos y panfletos fueron únicamente valorados por su apoyo al rey. A ello contribuyó también la dispersión y el posterior desorden temático y cronológico de la publicación de sus *Obras completas*.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto FFI2012-30781, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Sin embargo, sus obras más literarias no adquieren total significado sin el respaldo de su pensamiento político, que a su vez no se comprende si lo separamos de su propia vida. Una infancia melancólica y contemplativa en Saint-Malo, y particularmente sus estancias veraniegas en el castillo de Combourg, lo inclinaron hacia la poesía: «Las olas, los vientos, la soledad fueron mis primeros maestros», señala en sus *Memorias*. Cursó estudios clásicos y, presionado por su padre, ingresó en el ejército en 1786, aunque lo abandonó al poco tiempo y, ya en París, frecuentó la corte, fue presentado a Luis XVI y se introdujo en los salones literarios.

En 1791 se embarcó hacia tierras americanas, donde encontraría, en los grandes espacios salvajes, la inspiración para sus primeras obras. Regresó precipitadamente al conocer la detención en Varennes del rey y se enroló en el denominado «ejército de los príncipes». Herido en Thionville y enfermo viajó al exilio en Londres, donde malvivió durante ocho años: escribió una epopeya sobre los indios americanos, *Les Natchez* (1826), y un *Essai historique, politique et moral sur les révolutions anciennes et modernes, considérées dans leurs rapports avec la révolution française* (Londres, 1797), en que aunó reflexión de ilustrado y testimonio personal de decepción. La comparación de las diversas revoluciones de la Antigüedad (Egipto, Cartago, Fenicia, Persia), con las modernas de Inglaterra (1642-1698), Francia (1789), especialmente durante el periodo del Terror, Italia, Holanda y Alemania, le sugieren «que no hay nada nuevo bajo el sol» y le hacen desconfiar de que la violencia injusta, el horror de toda revolución logre obtener algún progreso humanitario. Considerando la repercusión de unos acontecimientos en otros, Chateaubriand pensaba que la razón del filósofo, que minó la religión, también destruyó el Estado. Su pesimismo se acentuó al conocer el fallecimiento de su madre y de su hermana más querida (1798), lo que le hizo recuperar la fe de su infancia. Decidió regresar a Francia e iniciar su carrera literaria: *Atala* (1801), *René* (1802), *Le génie du Christianisme* (1802), *Les martyrs* (1809), *L'itinéraire de Paris à Jérusalem* (1811) significan su consagración como escritor romántico y perfilan su pensamiento, lejos de utopías. Consideró atentamente las transformaciones de la sociedad, su carácter dinámico, aunque muchos cambios sean ajenos a la voluntad humana. Por encima de cualquier sistema político, el cristianismo constituyó para él la única esperanza de regeneración de una sociedad que, ante los avances tecnológicos, había caído en el materialismo. Decide comprometerse con la realidad del momento en que vive, no por pasión sino por deber.

Gracias al éxito de *Le génie du Christianisme*, fue nombrado secretario de legación en Roma y, luego, embajador en el Valais suizo, puestos que ocupó escasos meses por diferencias con Napoleón. Aunque este, años más tarde, intentó congraciarse con él proponiéndole para la Academia, su discurso contra el despotismo napoleónico impidió que tomara posesión. Su verdadera carrera política comenzó con la Restauración borbónica: en 1814 publicó el opúsculo *De Buonaparte et des Bourbons, et de la nécessité de se rallier à nos princes légitimes*, así como el ensayo *Réflexions politiques*; y en 1815 Luis XVIII lo nombró ministro de Estado y par de Francia.

Sin embargo la relación con Luis XVIII sufrió altibajos, especialmente con la publicación de *La monarchie selon la Charte* (1816), panfleto con el que Chateaubriand

criticó la disolución de la «Chambre introuvable», apodo dado a la cámara baja salida de las elecciones generales de 1815. La monarquía, sin embargo, se vio enfrentada rápidamente con un parlamento «más realista que el rey», ultraconservador, que alentó el revanchismo sentando la base legal del «Terror blanco» y a la que tuvo que poner freno el propio rey. Chateaubriand, que soñaba más bien con la reconciliación en torno a los Borbones de las dos Francias, la del Antiguo Régimen y la moderna constitucional, vio en la actitud del rey el peligro de un retorno a las tentaciones absolutistas, por lo que defendió la necesidad de la Carta Magna y la libertad de prensa con la misma vehemencia que la legitimidad monárquica. Considerando que «el rey debe reinar, pero no gobernar», terminaba su panfleto con la famosa frase «Viva el rey, pese a todo». Frase que le valió la enemistad real y el secuestro de su panfleto. Chateaubriand apoyó entonces a la oposición ultra en *Le Conservateur. Journal politique*: «en materia de gobierno, las verdades son relativas, y no absolutas», declaró. Fue tal la popularidad alcanzada entonces con sus polémicas que Victor Hugo adaptó, en homenaje a su admirado modelo, el título para su propia publicación, *Le Conservateur littéraire*.

Las *Mémoires sur la vie et sur la mort du duc de Berry* (1820) supusieron una nueva reconciliación con el rey, pero su exigencia de responsabilidades políticas por el asesinato del duque lo confinaron de nuevo en las embajadas de Berlín (1821) y Londres (1822), para regresar como ministro de Asuntos Exteriores (desde el 28 de diciembre de 1822 al 4 de agosto de 1824). Asistió al Congreso de Verona, en el que influyó decisivamente para que la Santa Alianza apoyara el restablecimiento del absolutismo borbónico en España, como una manera de reforzar la autoridad del rey de Francia en Europa. Incluso presionó al primer ministro Villèle para que enviase al duque de Angulema a España, en la denominada expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis. Pero, pese al éxito de la misión en España, Villèle logró su destitución (6 de junio de 1826).

Desengañado de la política decidió dedicarse cada vez más a la redacción de sus *Memorias* y a sus artículos en el *Journal des Débats*, hasta la caída definitiva de Villèle. Carlos X lo destinó nuevamente a Roma, esta vez como embajador, pero acabó dimitiendo. Tras la revolución de Julio (1830) abandonó la Cámara de los Pares y rechazó al «usurpador» Luis Felipe de Orleans, pues, como los demás legitimistas, afirmaba que los reyes no se eligen (*De la Restauration et de la Monarchie électorale*, 1831). Tomó partido por la duquesa de Berry y su hijo, el duque de Burdeos, según Chateaubriand el único legítimo heredero (*Mémoire sur la captivité de la duchesse de Berry*, 1833). Pese a todo, no perdió su interés por la historia (*Études historiques*, 1831), que compaginó con la literatura (*Essai sur la littérature anglaise*, 1836) y la religión (*Vie de Rancé*, 1844), y una relación de los acontecimientos sucedidos en el *Congreso de Verona* (1838).

En sus *Mémoires d'outre-tombe* (1811-1848) acompañó el relato de los episodios íntimos, con el testimonio de su actuación pública y con la reflexión ininterrumpida desde su primera obra histórica sobre la evolución de las ideas y de la sociedad. Se declaró una vez más fiel a la tradición monárquica y a la religión, garantías del orden y de la grandeza de Francia. Se manifestó enemigo del absolutismo y del despotismo, y

partidario de un sistema representativo y de la libertad de prensa. Pero el ideal de libertad proclamado, de esencia aristocrática, no tenía nada que ver con las utopías socialistas que empezaban a surgir, ni con el espíritu democrático de un liberal como Benjamin Constant, con quien polemizó: «separada de la aristocracia, la democracia sólo tiende a la libertad corriendo hacia su principio: la igualdad. La libertad para ella no es un fin, sino sólo un medio». Monárquico hasta la muerte, pero presintiendo resignadamente que el futuro sería de los demócratas republicanos.

En *Le roi est mort. Vive le roi!*, retomando la exclamación habitual a la muerte de los reyes que anuncia también su inmediata sucesión, Chateaubriand expresa sus ideales políticos con un relato muy emotivo de los últimos momentos del rey «bien amado» (aunque en realidad fuese muy discutido por los ultras); informa del luto oficial y de las ceremonias al uso; añade un emocionado panegírico de la persona y, sobre todo, una síntesis histórica de la institución monárquica francesa y de sus logros desde los orígenes, cuya legitimidad permanecerá asegurada con el advenimiento de Carlos X. Pese al tono elegíaco, se hace patente que los ideales políticos de Chateaubriand han evolucionado desde su etapa en *Le Conservateur*. Los tiempos han cambiado: si la estabilidad de Francia no está en peligro, sí pudieran estarlo los logros de una monarquía parlamentaria, dialogante y pacificadora, dentro y fuera del país, sustentada en la legitimidad hereditaria tradicional.

Lejos de la escritura combativa practicada en los panfletos, las tres primeras páginas del artículo son eminentemente líricas, transmiten por el léxico y el ritmo la tristeza sentida. Reconocemos al escritor sensible que admira a los grandes personajes de la Historia, también por su lado humano. El lector, ante el lujo de detalles descritos (la cara de consternación de los asistentes, los gestos, la actitud del monarca) puede incluso considerar que el escritor ha sido testigo directo de la agonía (en su condición de par de Francia pertenece al círculo de quienes compartían la intimidad real), pero sabemos por el acta de defunción que no se hallaba presente. Quedan así omitidos los aspectos desagradables, pues de todos fue sabido que, obeso y con gota, el cuerpo del rey se caía literalmente a pedazos. El autor se hace eco de la consternación general ante la muerte de Luis XVIII. Los franceses podían temer quedarse huérfanos del rey-padre, como sucedió a la muerte de Luis XVI en el cadalso, en los tiempos convulsos de la Revolución. Por eso, la continuación del artículo destaca los acontecimientos vividos por la institución monárquica, que ha logrado trascender los vaivenes de la Historia al saber escuchar a sus súbditos y, a la vez, saberles guiar con mano firme. La última parte presenta al heredero, el futuro Carlos X. Todo lo referido anteriormente debería convencer de que es el rey justo y necesario, no sólo legítimo. Aunque su legitimidad vendría además reforzada por su consagración: Dios lo guiaría. Recordemos que, paradójicamente, Luis XVIII no fue consagrado, aunque los retratistas oficiales le pinten o esculpan con el ropaje de la ceremonia. Para los habituales lectores de Chateaubriand, ya fuesen ultras o moderados, el artículo evoca la conclusión de *La Monarchie selon la Charte*: «Vive le roi, quand même!».

No debe extrañarnos que sólo seis años separen el texto original de Chateaubriand, *Le roi est mort. Vive le roi!* de la traducción que hizo Gregorio Pérez

Miranda, seudónimo de Ramón López Soler, con el título *Recuerdos del reinado de Luis XVIII y esperanzas del reinado de Carlos X* (Valencia, Cabrerizo, 1830), menos atento a expresar los ideales legitimistas del francés que a subrayar las ideas sobre la monarquía parlamentaria. El éxito literario de Chateaubriand y del movimiento romántico impulsaron una recepción en España casi inmediata: el mismo año de la publicación de *Atala* en francés (1801), apareció en París una versión en castellano firmada por Samuel Robinson, seudónimo de Pascual Genaro Ródenas; a la que seguirán *Atala* y *El genio del Cristianismo*, traducidos por Torío de la Riva (1806). Admirado por su romanticismo o vilipendiado por su participación en la restauración borbónica española, es autor que interesa al público español. De hecho, como divulgador de las ideas y temas románticos en España a través de sus propios artículos en la prensa (López Soler fundó con Aribau la revista *El Europeo*, uno de los primeros órganos del romanticismo en España, de 1823 a 1824), la reflexión histórica también apasiona a nuestro traductor y Chateaubriand articulista famoso es también un modelo a seguir.

Nos encontramos ante una traducción que adapta el texto original. Práctica habitual en la época y muy representativa de López Soler, especialmente con las novelas románticas que tradujo. No se trata únicamente, en su caso, de una adaptación de las obras originales al gusto nacional, sino que éstas se convertían en un tema de inspiración para crear obras propias. Así López Soler, a partir de la traducción que realizó de *Ivanhoe*, compuso su novela *Los bandos de Castilla o El caballero del Cisne* (Valencia, Cabrerizo, 1830) a la manera de Walter Scott. Igualmente presentaba *La catedral de Sevilla* (Madrid, Repullés, 1834) como «novela tomada de *Notre-Dame de París* de Víctor Hugo».

Tanto el teatro como la novela ofrecían mayores posibilidades de recreación. Es menos frecuente el presente caso, que requiere una atención especial. El título se modifica claramente: *Recuerdos del reinado de Luis XVIII y esperanzas del reinado de Carlos X* resume mejor el contenido, pero pierde la referencia al grito repetido tradicionalmente a tenor del fallecimiento de los monarcas, que anuncia al mismo tiempo su sucesión asegurada. Exclamación que adquiere sin duda mayor dramatismo en la encrucijada política en la que vuelve a encontrarse Francia. También pierde la referencia intertextual al ya expresado colofón de *La monarchie selon la Charte*.

La traducción se inicia con un prólogo cuya autoría se debe a López Soler. También en la novela histórica española de la época, se acostumbraba a hacer preceder el texto de una introducción explicativa de las características de la obra y de las intenciones del autor. Precisamente el prefacio más significativo de López Soler es el que aparece en los *Los bandos de Castilla*, verdadero manifiesto de la nueva estética romántica. En otras novelas históricas suyas, como *El pirata de Colombia* y *Jaime el Barbudo*, los prefacios advertían al lector de la inmoralidad de los protagonistas, que no debían ser admirados, aunque su naturaleza especial los hiciese dignos de convertirse en héroes. En dicha introducción se trata de aclarar el estilo poco pulido, demasiado precipitado, propio de los «publicistas» que se deben a la urgencia «del acaecimiento político». En este caso no tenemos que olvidar la urgencia con la que

Chateaubriand compone el artículo, pero se trataría de una característica propia del género, que López Soler también practica.

Si la cualidad estética es menor, la finalidad de la escritura periodística «consiste sobre todo en presentar bajo un punto de vista filosófico y juicioso las cuestiones que por su naturaleza pueden extraviar la razón, o acalorar indiscretamente la fantasía», nos dice Soler. El mismo Chateaubriand distinguía su «language de combat» propia de sus escritos polémicos de su lengua literaria, que alcanzaría su máxima expresión poética en las *Memorias de ultratumba*.

La manipulación más notable de la versión realizada por López Soler es la supresión del larguísimo texto laudatorio de la legitimidad de la monarquía francesa que emana, según dice Chateaubriand, de la ley sálica, remontándose a sus orígenes y nombrando a los sucesivos reyes más representativos, así como sus hazañas mejor conocidas. Podemos imaginar que López Soler consideró exagerado un homenaje de tantas páginas y sin interés para el público español y por eso lo suprimió, sin tan siquiera mencionarlo o hacer un sucinto resumen. Sin duda, lo que le interesa de la monarquía francesa no es su pasado más o menos glorioso, sino que se limite su autoridad mediante una constitución, aunque sea a través de un subterfugio: es el rey quien otorga la constitución al parlamento y no el parlamento quien otorga la posibilidad de reinar al rey.

Como Chateaubriand, López Soler se interesó por el agitado panorama político europeo. Prueba de ello son sus reflexiones escritas a partir de otras varias traducciones-adaptaciones de obras extranjeras, que dan cuenta de los movimientos revolucionarios que sacudieron Europa a partir de 1830 y que culminaron con el fracaso de la insurrección polaca y su derrota frente a Rusia, o con la independencia de Bélgica. Precisamente con el seudónimo de Gregorio Pérez de Miranda, publicó *Causas secretas y anécdotas curiosas concernientes a la insurrección de Polonia* (Valencia, José de Orga, 1831) y *El año 1831 o Carta de un ilustre personaje al príncipe de Metternich*, traducida del inglés, pero sin que conste el nombre del autor (Valencia, Ildefonso Mompié, 1831); mientras que con su propio nombre apareció *La Bélgica y la Polonia*, texto extraído de los *Études historiques*, que acababa de publicar Chateaubriand, y que editó también Mompié el mismo año.

Aun cuando en los años siguientes se dedicó intensamente a la literatura, publicando varias novelas, algunas imitadas o traducidas, no por ello dejó de lado su interés por la política, según lo indican diversos artículos de prensa, en particular en *El Vapor. Periódico Mercantil, Político y Literario de Cataluña* (1833-1835), del que fue director, así como varios opúsculos, como el titulado *Constitución catalana o Cortes de Cataluña* (1835), que apareció en una colección que había publicado las constituciones de Francia, Estados Unidos y Bélgica. La intención de López Soler era divulgar la tradición de las Cortes catalano-aragonesas y su espíritu federalista, que Felipe V interrumpió, proclamando el ideal de libertad con la consiguiente moderación de los absolutismos, para construir un nuevo Estado Nacional español, e intentando articular los intereses liberales con las aspiraciones nacionalistas de la burguesía catalana.

BIBLIOGRAFÍA

- CHATEAUBRIAND, François-René de. 2009. *Œuvres complètes*. Ed. de Béatrice Didier, París, Honoré Champion.
- CLÉMENT, Jean-Paul. 1987. *Chateaubriand politique*, París, Hachette.
- CLÉMENT, Jean-Paul. 1993. *Chateaubriand, grands écrits politiques*, París, Imprimerie Nationale, 2 vols.
- REBOUL, Pierre. 1973. *Chateaubriand et «Le Conservateur»*, París, Éditions Universitaires.
- RUBIO CREMADES, Enrique. 2002. «Ramón López Soler. El Romanticismo en la teoría y en la práctica» en VV. AA., *Los románticos teorizan sobre sí mismos*, Bolonia, Il capitello del sole, 209-218.
- SIMONETTI, Pascal. 2004. «François-René de Chateaubriand, *Écrits politiques (1814-1816)*», *Romantisme* 34, nº 126, 89-91.
- SMETHURST, Colin. 2002. *François-René de Chateaubriand, Écrits politiques (1814-1816)*. Ginebra, Droz («Les classiques de la pensée politique»).